

DENISE DRESSER

Una visa no define a una persona, la definen sus actos, su altanería, el nepotismo, la ética con la que ejerce –o usufructúa– el poder.

Nepo Narciso

“Que mi belleza sola / es digna de adorarse”, dice Narciso en *El divino Narciso* de Sor Juana Inés de la Cruz. Cuatro siglos después, Andrés Manuel López Beltrán parece haberse asomado al mismo estanque. Y le gustó demasiado lo que vio. Su carta a Donald Trump –después de que Estados Unidos le revocara la visa– es un monumento al narcisismo político. Tres páginas de arrogancia, victimismo y privilegio hereditario. Como si fuera jefe de Estado. Como si ser hijo de López Obrador le concediera jurisdicción sobre el gabinete de Trump y las decisiones de su gobierno. La carta revela a alguien acostumbrado a que las puertas se abran. A que las preguntas incómodas se cierren. A que el apellido funcione como salvoconducto. Bienvenidos a Andylandia.

¿Hay injerencismo estadounidense en México? Sí. Trump ha convertido las visas en instrumento de presión política y su gobierno ha ampliado agresivamente su utilización. Washington no es árbitro imparcial de la democracia mexicana ni guardián desinteresado de nuestra legalidad. Hay razones para rechazar cualquier pretensión de tutela estadounidense. Pero denunciar el intervencionismo no vuelve inocentes a quienes Washington señala. Ni convierte automáticamente en persecución política cualquier acción contra un morenista.

La cancelación de la visa de Andy ocurre después de las de Marina del Pilar Ávila, Alfonso Durazo y Américo Villarreal, entre otros. Reuters reporta al menos 50 cancelaciones a políticos mexicanos de distintas filiaciones, aunque entre los casos públicamente conocidos predominan integrantes de Morena. Y existe un antecedente todavía más grave: Estados Unidos acusó a Rubén Rocha Moya y otros nueve funcionarios y exfuncionarios sinaloenses por presuntos vínculos con el narcotráfico y solicitó su detención provisional con fines de extradición. En vez de investigarlos, Sheinbaum ha insistido en protegerlos.

Ahora bien, una visa cancelada no es una sentencia. Una acusación estadounidense tampoco sustituye un juicio mexicano. Pero tampoco debería sustituirlo el silencio. Andy no llega a esta coyuntura impoluto. Investigaciones periodísticas han documentado durante años una red

de amigos cercanos beneficiados por contratos públicos. Ahí están los contratos otorgados a Daniel Casasús, amigo de la infancia, y a empresas vinculadas con Hernán Bermúdez Requena. Ahí están los negocios de Amílcar Olán y la llamada red de “amigos de Andy”. Ahí está el huachicol fiscal y los señalamientos públicos que han colocado a personas del entorno de López Beltrán dentro de las tramas vinculadas al contrabando de combustibles. Eso exige investigar, no absolver de antemano. Eso demanda escrutar aduanas y relaciones, no taparlas con la bandera de Andylandia.

La insignia de un país donde el apellido precede al mérito, donde el privilegio se confunde con derecho adquirido, y donde cualquier cuestionamiento se convierte en complot. Aquí, cuando Washington toca al príncipe, sala la corte. Claudia Sheinbaum declara que la cancelación tiene “un sentido político” y habla de injerencia. Morena cierra filas. Pero la verdadera soberanía no consiste en proteger políticos mexicanos de investigaciones extranjeras. Consiste en tener instituciones mexicanas capaces de investigarlos primero. Soberanía es una Fiscalía autónoma. Es una UIF que siga el dinero sin filias partidistas. Son aduanas que no estén capturadas. Son gobernadores que no pacten con criminales. Son presidentes cuyos hijos no puedan usar la cercanía con el poder para beneficiar a sus amigos. Los verdaderos entreguistas son quienes entregan pedazos del Estado al crimen y después se envuelven en la “soberanía” para impedir que alguien pregunte cómo ocurrió.

Sheinbaum dice que una visa no define a una persona. Tiene razón. La definen sus actos. La define la altanería. La define el nepotismo. La define la ética con la que ejerce –o usufructúa– el poder. La define creer que las reglas son para otros. La define comportarse como “mirrey” en una república que prometió acabar con los privilegios. Sor Juana puso frente a Narciso un espejo. México debería hacer lo mismo con Andy. Y decirle: (no) bello Narciso. Tu apellido no es patente de corso. Tu padre ya no es Presidente. México no es tu herencia. Y el reflejo que contemplas con tanta devoción no es bello. Es el rostro monstruoso de aquello que Morena prometió combatir y acabó empeorando.

GOLPE AVISA...



TOLVANERA

ROBERTO ZAMARRIPA

robertozamarripa2017@gmail.com



La visa no define a una persona, ha dicho la Presidenta; ah, pero cómo da lata no tenerla.

La causa

La nomenklatura morenista se desgañó con encendidas proclamas tras la difusión del retiro a Andrés Manuel López Beltrán de su visa estadounidense. Reprochó a Washington por el “uso de instrumentos migratorios como mecanismo de injerencia política”.

Horas después, José Ramón López Beltrán, muy sonriente, enfundado en la franja de una tienda texana de conveniencia, retaba y retrataba la circunstancia. El hijo mayor de AMLO presumía andar sin pena en Texas mientras su hermano menor (que camina en sus horas libres entregando periódicos a la puerta de las casas de Teapa, según sus posteos en instagram), ha sido castigado por Washington.

José Ramón no es Speedy González sino la evidencia que derrumba el argumento que inflama patriotismo. Mientras que gobernadores, legisladores de Morena y la propia Presidenta de la República (solo faltaron los ministros de la Corte) reclaman el uso político de las visas, el ex coordinador de Morena en Edomex en las elecciones de 2017, con residencia en EU desde hace años, y mensajes enternecedores de lo bonito que es Disneylandia, lo trivializa. Su vida estadounidense nada tiene que ver con la causa. Tiene que ver con la consecuencia: el Movimiento, como la Cuarta Transformación, también tiene pisos y hasta un penthouse.

El contrasentido es lo que defi-

ne. Estados Unidos retiró la visa de Andy con –es de suponerse– alguna razón fundada, derivada de indagatorias o por la sucesión de expresiones públicas principalmente en redes sociales.

Pero Andy no solía ser un personaje de exposición pública. Por el contrario, parte de su poder o influencia era el sigilo. Su tarea, por años, fue representar la decisión de su padre en innumerables acuerdos o imposiciones políticas. Siempre en secreto. Su tarea nunca fue puesta a votación. Cuando subió a un cargo directivo de partido quedaron exhibidas sus limitaciones.

Pescarle alguna expresión pública retadora contra el gobierno de Donald Trump antes de esa carta de reclamo que firmó al dar a conocer el retiro de su visa, parece difícil. No se le conocía ningún escrito o discurso público en sus doce años de morenista. Sí posteos que no exigen demasiado argumento, sino repetición de consignas.

No es un funcionario público. Fue, formalmente, dirigente nacional de Morena solo por 19 meses y su paso acrecentó la división de opiniones entre morenistas. El hijo del patriarca era una carga no la señal del guía.

En el momento que Andy se sumergía en las aguas de Tabasco para simular un trabajo de territorio y validar lo que el linaje supuestamente le había dado pero que Tokio le quitó, Washington lo victimiza. En Morena creen que atrás de la visa

perdida nació otro Nelson Mandela. Pero lo que hay es un rehén cuya captura arrastra al “movimiento”, al partido y al gobierno. La veneración impide a los morenistas descifrar el juego perverso.

Washington podría explicitar las causas del retiro de la visa pero hasta ahora en ninguno de los casos de morenistas que les han retirado ese documento se ha hecho público el motivo. Como decisión política introduce una enorme desconfianza y recelo en la relación binacional. Y si el sustento tiene que ver con delitos el daño es hondo.

La visa no define a una persona, ha dicho la Presidenta; ah, pero cómo da lata no tenerla. La medida es ya un instrumento eficaz de confrontación y debilitamiento. Pueden explicarlo mejor gobernadores como Marina del Pilar Ávila, Alfredo Ramírez o Américo Villarreal. A la luz de los resultados, el tache a las visas de políticos parece más la decisión de un comité de activistas políticos norteamericanos que de una oficina de la diplomacia y la reacción gubernamental mexicana más que institucional se aferra a la vena de la secta. Tal para cual.

Los contrasentidos delinean. La oposición celebra la desmesura y la glorifica como conquista. El desfile de políticos opositores por Washington no garantiza la gubernatura ni la Presidencia en México. La obsecuencia no premia. Que le pregunten a María Corina.

DE POLÍTICA Y COSAS PEORES

CATÓN

afacaton@yahoo.com.mx



Las cartas de la 4T al extranjero revelan un preocupante subdesarrollo político y una sorprendente falta de sindéresis.

MIRADOR

ARMANDO FUENTES AGUIRRE

Epístolas absurdas

Don Temístocles Gagano era un caballero chapado a la antigua. Usaba traje y chaleco, reloj con leontina y botines de charol con cierre elástico. Decía “¡Caracoles!”, “Ya caigo” y “Ahora lo comprendo todo”. Enemigo de la modernidad, la última película que vio en el cine fue “El puente de Waterloo” (1940, con Vivien Leigh y Robert Taylor, dirección de Mervyn LeRoy). El más reciente libro que leyó fue “Pepita Jiménez”, de don Juan Valera. Bien dicen, sin embargo, que son más frescas las tardes que las mañanas, y don Temístocles, de visita en la ciudad, se dedicó a cortejar discretamente a la señorita Himenia, célibe de 39 años de edad cumplidos varias veces. Una tarde Himenia invitó a merendar en su casa a don Temístocles, y le ofreció un pisco de soda colorada –ponche tropical– con galletas de animalitos. Le dijo: “Espero, amigo mío, que no se aprovechará usted de la soledad que reina en mi morada para intentar algo indebido”. “¡Señorita! –se ofendió el visitante–. Soy un caballero!”. “Es lo que me temía” –murmuró ella entre dientes. Manifestó don Temístocles: “Para intentar lo que usted dice tendría yo que estar ebrio”. Le informó Himenia: “La botella está sobre el

refrigerador”. O no oyó don Temístocles la insinuación o prefirió desatenderla, el caso es que nada sucedió esa tarde, pese a que la anfitriona deseaba que sucediera algo. ¡Ah, cuántas cosas deseamos que sucedan, y jamás suceden! Y peor aún: ¡cuántas cosas esperamos que no sucedan, y suceden! La vida tiene caprichos de mujer, si me es permitida esa expresión tradicional con marca de evidente misoginia. Al despedirse, don Temístocles le dijo a la señorita Himenia: “Querida amiga: muy mucho me placería tener con usted una relación epistolar”. “Por favor –se ruborizó la señorita Himenia–. No me diga que aún tiene pistola”. En su otoñal obsesión olvidaba ella que una epístola es simple y sencillamente una carta. Esa palabra, “epístola”, se emplea ya solamente en las iglesias: “Epístola a los corintios”, y no como leyó cierto muchacho: “Epístola a los coreanos”. Todo lo anterior me sirve de proemio para decir que las epístolas de la 4T ha remitido al extranjero se dividen en tres clases: unas son absurdas, otras son risibles, y las terceras son absurdas y risibles. A esta última categoría pertenece la que envió Andrés Manuel López Beltrán –Andy, Andy, Andy– a Donald Trump, en la cual

no sólo protestó por el retiro de su visa, acto que calificó de “hitleriano” –tantéyate, Andy, Andy, Andy–, sino además le pidió al Presidente yanqui despedir a dos de sus colaboradores. Con mucha razón uno de ellos hizo chacota de esa carta, y sugirió a quienes siguen sus mensajes en la red tener a mano una buena provisión de palomitas de maíz antes de divertirse leyendo tal misiva. La epístola del hijo de AMLO es muestra de subdesarrollo político, así como de absoluta falta de sindéresis. Un momentito, por favor. Voy a ver qué es eso de sindéresis. Define el diccionario: “Sindéresis: capacidad para juzgar rectamente”. Y más no digo. El diccionario ya lo dijo todo... “No puede usted entrar al Metro –le indicó el guardia a Astarasio Garrajarra–. Anda en completo estado de ebriedad”. “¿Y qué? –opuso el briago–. No voy a manejar”... La esposa celebraba su onomástico. Su marido le dijo: “No te compré un regalo, pero ten este cheque que vale por un acto de amor. Me lo puedes presentar al cobro cuando quieras”. A los pocos días ella lucía un vestido de lujo, una bolsa de marca y unos zapatos de los caros. Le explicó sumariamente a su asombrado cónyuge: “Endosé el cheque”... FIN.

Cuando murió don Ignacio de la Peña y Peña, patriarca de la hacienda de Ábrego, su viuda detuvo a las mujeres que iban a amortajar el cadáver para la sepultura.

–No lo toquen –les ordenó–. Todavía está caliente. Eso significa que se halla en la presencia del Justo Juez esperando su premio o su castigo.

En aquellos años la gente creía, según las enseñanzas de la Iglesia, que al morir un cristiano afrontaba de inmediato su “juicio particular”. Ante el Señor debatían el ángel de la guarda del difunto y Lucifer. El demonio enumeraba las culpas del muerto; el ángel actuaba como su abogado defensor. Al final de los alegatos el Supremo Juez dictaba la sentencia: infierno, purgatorio o paraíso. La frialdad del cuerpo era señal de que el juicio había terminado ya. Entonces si el cadáver podía ser amortajado y puesto en el ataúd. ¡Cuántas cosas creían nuestros abuelos!

Tiempos pasados eran esos, claro.

Tiempos pasados serán también los nuestros.

¡Hasta mañana!...